

notario apostólico para intimar al reo en nombre de su Santidad la última y perentoria citacion; pero avisado con tiempo Mr. Targa, salió de su retiro y fue á reunirse en el reino de Nápoles con su hermano el duque Coscia, en cuya compañía se juzgaba libre de toda persecucion. No habiendo, pues, logrado la congregacion el efecto de su mandamiento, mandó fijar en los lugares públicos de Roma un monitorio en que le citaba á comparecer delante del Papa en el término preciso de un mes, bajo la pena de quedar suspenso *ipso facto* de toda funcion y jurisdiccion eclesiástica. Targa resolvió pasar á Viena é implorar la proteccion del Emperador; pero este religioso Monarca que se encontraba entonces en el principio de su gobierno, en vez de protegerle ordenó á sus ministros que no se ingiriesen en su causa y que dejasen á la congregacion de Roma en plena libertad de terminarla; por lo que, hallándose sin esperanza alguna el vicario de Benevento, dejó á Viena y se encaminó á Roma segun el decreto de la congregacion y del Santo Padre, por cuya orden se le señaló por prision una celda del convento de San Nicolás.

56. En este intermedio espidió á Roma Mr. Buondelmonte los informes que habia recogido en Benevento contra el cardenal arzobispo, que llenaban mas de quinientas fojas firmadas todas por la primera nobleza de aquella ciudad. Satisfecho el Papa de la actividad y celo de este prelado, le nombró prolegado de Aviñon, enviando en su lugar al juez Andreotti para terminar los procesos. Con el objeto de justificar su persona publicó Coscia un manifiesto diciendo, que léjos de deber odiarle

los pueblos del estado pontificio, tenian infinitos motivos para atestiguarle el mas vivo reconocimiento, atendiendo á que él solo habia impedido la deliberacion de imponerles ciertas cargas. Añadia á esto otras muchas cosas que no sirvieron sino para irritar mas el ánimo del Santo Padre contra él. En vista de ello, y despues de haber examinado con toda madurez por espacio de cinco meses su causa, decidió la congregacion que el Papa podia legítimamente despojar al cardenal Coscia de su arzobispado de Benevento por las culpas de que resultaba reo. Fijóse, pues, en las puertas de todas las iglesias de Roma, y se notificó al cardenal un monitorio, en el que se le mandaba espresamente la pronta renuncia, amenazándole con la deposicion que egecutaria el Pontífice con su autoridad absoluta. El cardenal consultó á sus abogados defensores, é hizo presentar á la congregacion una súplica pidiendo la próroga de algunas semanas para verificar la renuncia bajo ciertas condiciones; mas habiéndosele devuelto sin contestacion su memorial, sometióse por último á la voluntad del Papa y renunció en sus manos el arzobispado.

Quando llegó esta noticia á Benevento, se abandonaron sus habitantes á todas las muestras de regocijo, celebraron fiestas por tres dias consecutivos, é hicieron en el último una solemne procesion en accion de gracias á Dios que habia inspirado al Pontífice tan saludable resolucion. Presentaron además á su Santidad un escrito pidiendo por pastor al cardenal Corsini, y contentándose con que fuese su arzobispo aunque no pudiese residir entre ellos; mas el Papa juzgó sábiamente que no

debía acceder á semejante peticion , para que jamás pudiesen aparecer sospechosos sus procedimientos contra el delincuente , á quien privó además de una rica abadía , de las pensiones que gozaba sobre el obispado de Amalfi y de otros muchos beneficios eclesiásticos que poseia en diferentes paises de la cristiandad.

57. Despojado de tantas rentas que le habian hecho sobervio , avaro y presuntuoso , desposeido en Benevento por Mr Buondelmonte de toda su plata y muebles preciosos , cuyo valor se estimó en cincuenta mil escudos , y reducido á un estado de privacion , rogó el cardenal á su Santidad que le permitiese retirarse al convento de franciscanos de Asís , para terminar allí sus dias en el reposo del cláustro. Empero Clemente XII que conocia el carácter del suplicante , que sabia no ser el horror de sus culpas sino la rabia y el despecho lo que le inducia á dar aquel paso , y que preveía los abusos á que se abandonaria , y que aun en Asís y en medio de los religiosos trataria de escitar directa ó indirectamente nuevos disturbios , se negó de todo punto á su demanda. Mortificó tanto á Coscia esta resolucion del Pontífice , que mudando enteramente de propósito , y creyendo que se le perseguia sin justicia , que peligraba su vida lo mismo que su honor , y que todos sus jueces eran otros tantos enemigos de su persona , tomó el partido de huir clandestinamente de la capital ; y habiendo obtenido del cardenal Cienfuegos un pasaporte , partió en la noche del 31 de Mayo con uno de sus confidentes , y disfrazado llegó felizmente á Nápoles. Hizo publicar en el momento de su partida un segundo manifiesto , en el que

pretendia probar la injusticia de su proceso , y alegaba algunas razones para colorar su fuga. Mas , sabedor de ella el Papa , dirigióle á toda prisa un correo mandándole presentarse en calidad de preso en el convento de Santa Práxedes , bajo pena de quedar despojado de todas sus dignidades y beneficios si no se restituia á Roma antes del 11 de Abril. Hizo despues su Santidad conducir á Mr. Targa al mismo convento , con espresa orden de que se le custodiase escrupulosamente con centinelas de vista. Fijóse además pasados algunos dias en todos los parages públicos de Roma , el decreto de la congregacion criminal , que declaraba al cardenal Coscia suspendido á *divinis* y privado de todos sus honores y rentas eclesiásticas ; y vendiéronse en público su biblioteca y los muebles de su palacio para resarcir de algun modo con su producto los daños que habia sufrido el erario.

58. Llegado á Nápoles cuatro dias despues de su fuga de Roma , se dirigió el cardenal á casa de uno de sus confidentes , pero éste se negó á recibirle. Pasó , pues , al convento de religiosos de Monte-Olivete , mas ni tampoco éstos quisieron admitirle en su compañía. Recurrió al virey , conde de Harrach , quien , conformándose con el parecer de su consejo , le respondió que no estaba autorizado para concederle su proteccion. Finalmente , salió el cardenal de Nápoles á consecuencia de tantas negativas , y retiróse á Buen-albergue , feudo que él mismo habia comprado con las rentas de la Iglesia , y espidió inmediatamente á Viena á uno de sus domésticos para procurarse la proteccion del Emperador. Mientras

llegaba ésta, pasaba todos los días desde su retiro á Nápoles, presentábase en su carroza por las calles mas públicas de la ciudad, y pretendiendo honrar la memoria del difunto Papa, su bienhechor, hacíase llamar el abate Benedicto. Cuando su enviado regresó á Nápoles con la deseada noticia de la proteccion del César, confiado en ella fijó el cardenal su morada en el palacio del duque Coscia, su hermano, y mandó esculpir sobre las puertas el escudo de armas de su Magestad imperial. Avisado despues por sus confidentes de que el Papa habia dado órden á los arzobispos de Nápoles, de Capua y de Aversa y á su nuncio en aquel reino para que instruyesen un nuevo proceso contra él, supo manejarse tan diestramente, que persuadió por medio de sus amigos al consejo íntimo de Nápoles, que seria un atentado contra la soberanía del César el que dichos prelados efectuaran la formacion del proceso sin haber obtenido antes el consentimiento del Emperador. En efecto, aprobó el consejo sus razones, y envió á uno de sus miembros á informar á la córte de Viena, la que contestó conforme á los deseos del cardenal. Contenia esta respuesta en sustancia, que se mandase salir del reino de Nápoles en el preciso término de tres días á los vicarios de los sobredichos arzobispos y al auditor de la nunciatura; y se le notificó al nuncio mismo en persona que se abstuviese en adelante de presentarse en el palacio real.

Alarmaron en gran manera estas nuevas á la córte romana, y aumentóse su agitacion al saber el engañoso medio de que habia usado el cardenal para asegurarse el cobro de las rentas de los beneficios que poseia en el

reino de Nápoles. Habia para esto presentado en la cancelaria real una escritura pública, fecha un mes antes que se le intimase la sentencia pontificia, por la que hacíase constar falsamente que habia arrendado por tres años aquellas posesiones, y cobrado anticipadamente y de una sola vez el valor de los tres años. Este hecho fue mas que suficiente para convencerse la córte romana de que no se cumplirían en Nápoles los decretos pontificios. Tenia aun otros fundamentos esta persuasion. Habia el consejo desterrado de todo el reino de Nápoles á un párroco que tuvo bastante valor para fijar en las puertas de su iglesia, sin el consentimiento de la córte, el último decreto publicado en Roma contra el cardenal, en el que le privaba nuevamente el Sumo Pontífice de sus beneficios, declarándolos vacantes y á disposicion de la santa Sede, y fulminaba escomunion mayor contra todos los que pagasen sus rentas. Obligó tambien el mismo consejo á Mr. Simonetta, nuncio de su Santidad, á entregar él mismo en persona en la real cancelaria los procesos que habia empezado á formar contra el cardenal, declarándolos ilegales y nulos por haberse instruido sin saberlo la regencia. Por último espidió órden á todos los magistrados de las provincias del reino en las que tenia el cardenal algun beneficio, mandando á los públicos recaudadores que no entregasen en adelante las rentas á persona alguna sin espresa autorizacion del gobierno.

59. Esta decidida proteccion de la córte de Viena y de la regencia de Nápoles, produjo cuasi los mismos efectos que en esta última ciudad en la de Benevento; y no es de estrañar que así sucediese. Entre las ciudades

sometidas al dominio de la santa Sede, no es seguramente la mas pacífica y contenta la de Benevento, porque hallándose enclavada en medio de otras pertenecientes al reino de Nápoles, forman sus ciudadanos á un mismo tiempo una parte del pueblo napolitano y una porcion de los súbditos pontificios. Este doble carácter debe necesariamente producir espíritus turbulentos é inquietos. A mas, habiendo el cardenal usado en Benevento de los mismos artificios é intrigas que en Nápoles para desacreditar la córte de Roma y persuadir que obraba por pasión y no por justicia, era natural que encontrase, y efectivamente encontró, fautores, adherentes y partidarios.

Entretanto habia elegido el Papa por arzobispo de aquella iglesia á Mr. Sinibaldo Doria, que fue despues cardenal. Envió inmediatamente el nuevo arzobispo un comisionado á Benevento para que en su nombre tomase posesion de aquella diócesi, el cual, presentándose en la catedral con las formalidades acostumbradas, encontró una terrible oposicion por parte de los canónigos instigados y solicitados por el cardenal Coscia. Mostróse uno de éstos mas celoso que los demás del honor de su antiguo prelado; protestó contra los hechos del comisionado, y consiguientemente contra lo decretado en Roma, y salió de la iglesia gritando: *el cardenal Coscia es nuestro único y legitimo arzobispo, no reconoceremos otro mientras que él viva*. Este osado canónigo tuvo la felicidad de salvarse huyendo, mas algunos otros de su partido fueron arrestados y puestos en prision por orden del comisionado; y así terminaron por entonces los

escándalos de aquella criminal oposicion y abierta guerra con que combatía el cardenal Coscia los mas sagrados derechos de la santa Sede.

60. La resistencia, ó por mejor decir, la obstinada presuncion del cardenal Coscia, no fue la única causa que llamó la atencion en los primeros dias del pontificado de Clemente XII. A decir verdad no fue mas que un acontecimiento particular y de poca importancia comparado con el espíritu de inquietud y fermentacion universal que se manifestó en aquella época en diferentes países de Europa. Como historiador puramente eclesiástico tal vez deberiamos omitir muchos de los acontecimientos de aquel tiempo que poca ó ninguna relacion directa tienen con los asuntos de la Iglesia; pero siendo ellos la manifestacion espresa de las pasiones y espíritu dominante en los pueblos, espíritu que jamás deja de estar íntimamente ligado, en pro ó en contra, á los intereses de la religion, juzgamos necesario referir algunos ó los principales de ellos. El primero de estos fenómenos es la sublevacion ocurrida en Constantinopla, para la cual pretestaron sus gefes el celo por la religion del falso profeta, aunque en verdad no tenian otro objeto que conseguir sus particulares y depravados fines.

Habiendo sabido el Sultan Acmét III, que Tamas, hijo del depuesto Husseim, sofí de Persia, habia comenzado las hostilidades sobre las fronteras del imperio turco, resolvió salir á campaña al frente de su egército en compañía del Gran Visir. Salió de Constantinopla con gran pompa y fue á acamparse en Scútari, esperando allí la estacion y todas las demás preparaciones necesarias

para proseguir su expedicion. Mas deteniéndose el Sultan largamente en aquellas vastas y deliciosas llanuras de Asia, principiaron á murmurar los soldados contra semejante conducta, y dieron la mano á algunos mal contentos de la capital para tramar una revolucion. Tres fueron los principales promovedores: el primero llamábase Patrona, porque habia servido como marinero en la segunda de las galeras otomanas. Su propio nombre era Khalil, natural de Albania, y en la actualidad unido al cuerpo de los genízaros. Del mismo cuerpo eran tambien los otros dos gefes del partido, Mashlu y Alí. Patrona, que conocia la oposicion de las tropas á la guerra que se trataba de emprender contra Persia, y que habia observado entre el pueblo el gran número de descontentos que se pronunciaban contra el presente gobierno, resolvió dar el grito de rebelion esperando mejorar su fortuna, y comunicó su pensamiento á sus dos camaradas que inmediatamente lo aprobaron. Convidó despues á su mesa á doce de sus principales confidentes, y hablóles diciendo que habia tenido en sueños una revelacion en que se le mostró Dios irritado contra el actual gobierno, porque así el Sultan como su visir, aplicados únicamente á los placeres prohibidos en el alcorán, dejaban al pueblo y á la tropa desfallecer en la miseria, y eran causa de que los musulmanes se consumiesen en guerra injusta contra los persas, discípulos como ellos de Mahoma, y no empleasen sus fuerzas contra los cristianos: que era, pues, necesario deponer al Sultan y mudar su gobierno tiránico, y que él estaba resuelto á ponerse á la cabeza de los que conservasen

algun celo por el honor del alcorán para restablecer el buen orden en el imperio de los musulmanes.

Aplaudieron todos unánimemente esta determinacion, y señalóse el dia para ponerla en obra. Dividiéronse en tres partidas los doce confidentes, y en poco tiempo reunieron un gran número de gente. Kahlil se puso á su cabeza llevando la cimitarra en una mano y un estandarte en la otra, y gritando por toda la ciudad: *el que sea buen musulman reinase á mi bandera*. Esparcióse la confusion por toda Constantinopla; se aumentó el número de los sublevados con mas rapidéz que se comunica la llama de un grande incendio; el que no se reunia por su propia voluntad se veia obligado á seguir por fuerza. Quitáronse las armas del cuartel de los spahis; allanáronse las cárceles; se dió libertad á los presos, y avanzó la revolucion con pasos agigantados antes que el Sultan y su visir tuviesen en Scútari la menor noticia de ella. Para apaciguar el tumulto se reunió el divan, y resolvió ser necesario que regresase á la capital el Gran-Señor y toda su córte, como efectivamente se hizo entrando el Sultan y su ministerio á media noche. Convocó inmediatamente su Alteza á los grandes del imperio y á los principales doctores de la ley, los que le aconsejaron usar de la fuerza mientras que no era muy considerable el partido de los rebeldes; pero el Sultan reprobó este consejo, quiso tentar otro medio, y envió al amanecer á la gran plaza llamada *Atmeidan* un oficial para intimar la retirada á los rebeldes y amenazarles en su nombre. Viendo despues que se despreciaban sus proposiciones y amenazas, mandó enarbolar á

las puertas del serrallo la bandera del profeta, y publicar desde sus muros que todo musulman que se reuniese bajo aquel estandarte recibiese una pension anual por toda su vida á mas de un donativo de treinta escudos que se le entregarían en el instante: mas tambien quedó sin efecto esta promesa; se pensó en fin usar de la fuerza armada, y señaladamente de la guardia ordinaria del serrallo; pero cuando llegó el caso de reunirlos, se vió que la mayor parte se habian escondido ó retirado. Se recurrió entonces á los soldados de marina mandados por el capitán bajá, y este general, habiendo hecho acercar sus galeras á la puerta del serrallo, principió á combatir á nombre del Gran-Señor. Patrona, que se habia adquirido una grande autoridad sobre los sublevados, corrió al arsenal, aprisionó al capitán bajá, y declaró á las milicias que si trataban de seguir el partido de la córte serian castigados severamente así ellos como sus familias.

Engañado de esta manera el Sultan en sus esperanzas, se vió precisado á recurrir á las negociaciones, y envió á los rebeldes un oficial distinguido para saber claramente lo que deseaban. Contestaron éstos que rogaban al Gran-Señor pusiese en sus manos y entregase á su voluntad al visir, al mufti, al kaimacan y al kiajá. Efectivamente mandó el Sultan aprender á los dos últimos, y tornó á enviar al mismo oficial al campo de los sublevados para decirles que conforme á sus deseos quedaban presos aquellos dos ministros, y que con respecto al mufti y al gran visir consentia en deponerles y desterrarles. Respondieron entonces los rebeldes que se

contentaban con la deposicion y destierro del mufti, pero que en órden al visir querian absolutamente que se les entregase en sus manos, y así se verificó; porque habiendo Kahlil atraído á su partido á los genízaros, intimado á los cristianos que permaneciesen tranquilos en sus casas y encontrado el medio de cortar el agua é impedir la entrada de víveres en el serrallo, resolvió el Sultan contestar á los rebeldes, y despues de haber hecho quitar la vida á los tres mencionados ministros, envió sus cadáveres á la gran plaza. Lleno de gozo el pueblo al ver aquellas tres víctimas, egerció con ellas toda suerte de crueldad, y se esparció por las calles diciendo á voz en grito; *así perecerán todos los enemigos del imperio y de la religion.*

61. Mas los rebeldes, léjos de contentarse con aquel sacrificio, se quejaron altamente porque no se les habian entregado vivas las víctimas. Reanimaron en consecuencia todo su furor, y pidieron como una justa venganza la deposicion del Sultan Acmét y la coronacion de su sobrino Mahmud. Tentó aun el Gran-Señor todos los medios de apaciguarles, pero fue inútil. Necesitaban entretanto los sublevados de un hombre que intimase al Sultan la precision de renunciar al trono, y encontraron luego un fanático, llamado Ispirizadé, que se encargó voluntariamente de tan arriesgada mision. Presentándose efectivamente en el serrallo al tiempo que se hallaba el Gran-Señor en medio de sus ministros y de los doctores de la ley en la cámara imperial, se introdujo con un aire modesto y firme y dijo á Acmét: *Señor, tu imperio ha terminado, tus súbditos no quieren reconocerte*